

“UN PASO ATRÁS, SÓLO PARA TOMAR ENVIÓN”

Raúl Rogelio Geronzi

Los orígenes

Nací un 9 de julio de 1932, en Pozo del Molle, cerca de San Francisco, Córdoba. Mi padre, Federico, tenía un almacén de ramos generales en la colonia Santa Rosa de Lima, a unos 20 kilómetros de Pozo del Molle. Mi madre, Catalina, era ama de casa. Mis tres hermanos y yo pasamos una infancia humilde. De chicos, tuvimos que trabajar para ayudar en la economía familiar. El esfuerzo de cada uno servía para mejorar la vida de todos.

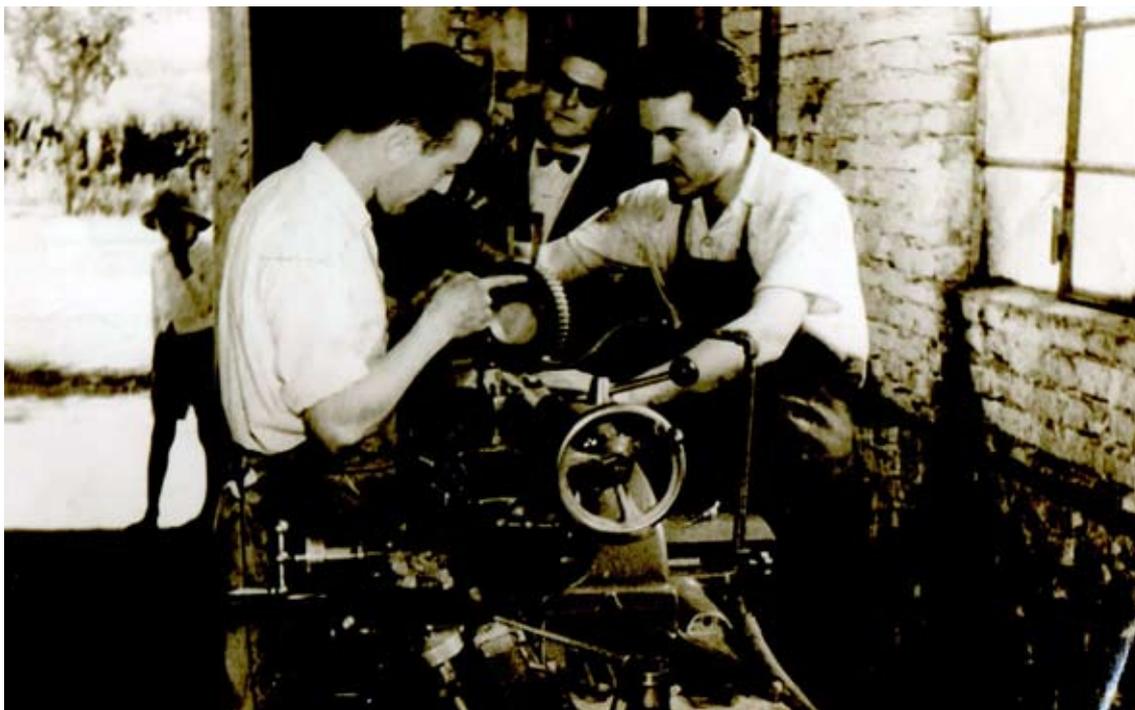
Sin embargo, más allá de la apretada situación económica, yo soñaba. Quería ser aviador. Y siguiendo ese sueño me presenté en la Escuela de Aviación de Córdoba. Pero me rechazaron porque no cumplía con el requisito mínimo de haber cursado primer año de la secundaria.

Frustrado ese anhelo, comencé a trabajar con un tío que era tornero. En su taller, hice mis primeras armas en la industria, hasta que a los pocos meses me contrataron en la fábrica de implementos agrícolas Fun-Cas, de Las Parejas. Esa empresa jugó un papel fundamental en el desarrollo industrial de toda la región. Tenía una de las mayores fundiciones de acero de la Argentina. Y en ella se formaron muchos de los empresarios que luego desarrollaron el polo metalmeccánico de la ciudad.

En 1950, con 18 años recién cumplidos, me mudé a Las Parejas.



Mi primer torno. 1956.



Mi primer torno. 1956

Aprendí mucho en Fun-Cas. Pero las fluctuaciones económicas de la Argentina quisieron que, al poco tiempo, me quedara sin trabajo. Para subsistir, trabajé un tiempo cosechando papas en la zona de Mar del Plata y Balcarce. Si bien no era lo mío, nuevamente recordé la lección que había aprendido en la casa de mis padres: si es honrado, todo trabajo es bueno.

Tras hacer el servicio militar en la Policía Federal en Buenos Aires, regresé a Las Parejas.

Un proyecto industrial

A mi regreso, trabajé en algunas fábricas de Las Parejas durante un tiempo. Pero lo que yo quería era encarar mi propio proyecto. Tenía ganas de ser dueño de mi propio emprendimiento. Por eso, de día, trabajaba en relación de dependencia; y de noche, diseñaba una bomba para extracción de agua con un motor eléctrico. Lo hice a puro ingenio, impulsado solamente por mi creatividad y poder de observación; sin haber tenido formación en una escuela técnica.

Al poco tiempo, con mi amigo Juan Torresi alquilamos un galpón y compramos dos tornos en cuotas. Torresi salía a vender, mientras yo fabricaba. Así, en 1956, nació la empresa que hoy es Geronzi S.A.

Con mi nieto Matías disfrutando de una de mis grandes pasiones, los helicópteros.



Los comienzos fueron muy duros. Pero ambos teníamos, además de ganas de sobresalir en lo nuestro, una ética en común: primero pagábamos las cuotas de los tornos y después sacábamos para comer.

Y así fuimos avanzando, haciendo frente a los vaivenes de la economía argentina y a las circunstancias de nuestras propias vidas, ganando terreno gracias a los avances de la tecnología. Cuando Torresi falleció, años después, yo seguí solo adelante con el proyecto.

A medida que se ampliaban las redes de agua corriente y caía la demanda de bombas, vi la necesidad de incursionar en otros rubros. Así fue como empecé en la fabricación de placas de siembra y dosificadores de semillas para sembradoras.

Geronzi S.A., hoy

Actualmente, somos líderes en dosificadores, placas y partes para sembradoras.

Trabajamos en un predio de 10.000 m² en Las Parejas, con unos 2500 m² de superficie cubierta, seis centros de mecanizado y dos tornos a control numérico. Tenemos la tecnología más avanzada para producir en las mejores condiciones de calidad y competitividad. Además, tenemos una usina propia para abastecernos de energía.

Hacemos dosificadores neumáticos y mecánicos, que vendemos a las fábricas de sembradoras más importantes del país, como Búfalo, Crucianelli, Achilli Di Battista, Gimetal, Erca, Pla, C.E.L.E. y Pierobon. Al comprar sembradoras



Con mi esposa Ana María.

de marcas que llevan nuestros componentes, el hombre de campo sabe que compra calidad.

Más allá de nuestro trabajo en el rubro agrícola, siempre estamos abiertos a la búsqueda de nuevas oportunidades a las que aplicar nuestro conocimiento. La participación en ADIMRA ha sido muy útil para este fin, ya que nos permitió acceder a información muy valiosa sobre la industria del petróleo, un área donde podemos ampliar nuestra cartera de clientes.

A través de ADIMRA también gestionamos un crédito para construir un nuevo galpón y renovar nuestros equipos.

El legado

Con mi esposa, Ana Maria Sarrionandia, tuvimos a Daniela, nuestra única hija y la continuadora de este proyecto industrial.

Daniela: Yo estoy al frente de las tareas en la parte financiera, mientras que mi padre se ocupa de la producción y el desarrollo. No es sencillo ser hija única, y tampoco ser mujer en un rubro de hombres. Mi padre es exigente dentro de la empresa. Y me deja un legado importantísimo. A veces, cuando veo todo lo que él hizo, siento que todo lo que yo pueda lograr, en comparación, será poco.

Él empezó de la nada y con muchísimo ingenio y esfuerzo logró, a través de décadas, posicionar nuestros productos como sinónimo de seguridad y calidad.

Raúl: Después de tantas crisis, uno ya aprendió a perder el miedo e ir para adelante. Quizá por eso, a los 81 años, me decidí a hacer el curso de piloto de helicóptero. Fui el alumno de mayor edad del Aeroclub de Casilda. Tuve el orgullo de que me hicieran notas para muchos periódicos. Y mi sueño de volar



Mi esposa Ana María, mi hija Daniela y mis nietos Matías y Ayelén.

me acercó a montones de amigos nuevos, gente que, como yo, quería sentir la adrenalina de la altura.

Muchas veces, los que no me conocen bien me preguntan si no siento miedo. Yo contesto que no hay que dejar que el miedo nos paralice. Hay que hacer lo que uno cree correcto.

Una vez, en una de las tantas crisis de la Argentina, tres clientes se presentaron en convocatoria al mismo tiempo. Me dejaron grandes deudas, y yo no tenía con qué pagar a mis proveedores. Mis amigos y abogados me aconsejaban entrar en concurso. Pero no lo hice. Para mí, eso era perder la confianza para siempre. Hipotequé mi casa, que por ese entonces era mi único bien, y pagué mis deudas al contado.

Mirando hacia atrás, veo mi vida como parte de mi sueño de aviador. Hubo momentos de placidez y de turbulencias. De descubrir las virtudes del compañero o la compañera que me acompañaban en cada vuelo. Fui protagonista de despegues que me permitieron remontar y, muchas veces, de aterrizajes forzosos.

Hoy, que curso mi octava década, reconozco que en mi vida empresarial en un país donde hacer industria es un desafío, yo fui un buen piloto de tormentas. Y pese a las adversidades, sigo con muchas ganas de seguir volando. Soy optimista y confío en el saber hacer de las nuevas generaciones. A los jóvenes, el mejor consejo que les puedo dar es que vayan siempre para adelante. Un paso atrás, sólo para tomar envión.